

I

Su apellido era Smith, como buen americano. Su pelo rubio y sus ojos azules resaltaban en el verde botella del uniforme militar. Su casco a duras penas se mantenía en su sitio. Todo se movía con el vaivén de las olas movidas por el caprichoso Poseidón. Miró a su alrededor, risas histéricas de quien se sabe próximo a la muerte colmaban el ambiente, vomitonas y escupitajos rellenaban lo que quedaba vacío de él. El clima matinal era gélido, el vaho escapaba de sus bocas en un vano intento de sobrevivir a la muerte de sus amos.

Se dirigían a una playa olvidada de la mano de Dios, Omaha era su nombre. Hace un par de meses ni siquiera sabía donde estaba Francia, ahora sería su tumba. Las piezas de artillería escupían fuego sin compasión. Una de ellas hizo diana cerca de su barca. Vio como se hacía pedazos como una simple caja de cartón. Los restos golpearon su barcaza como la metralla de una granada.

Entonces llegó lo que sería su última carrera por la playa. Un pitido del silbato del capitán. La puerta de la embarcación, golpeada con furia por las balas de las MG-42, se echó a tierra como la suerte de sus ocupantes.

II

La noche era fría, húmeda, una neblina cubría con su blanco manto la tierra. Andaba despreocupa, absorto en sus pensamientos, mientras miraba con su pie izquierdo seguía a su derecho con una cadencia anodina y repetitiva. Tenía unos treinta y tantos, su gabardina oscura le llegaba hasta las rodillas. Su sombrero de ala al estilo americano ensombrecía sus rasgos de tipo duro, definidos como hechos en roca. Su cigarro se consumía al ritmo de sus zancadas, las volutas surcaban el gélido aire de la noche y se desaparecían para siempre.

Nada podía perturbarle, nada excepto ella. Su mirada negra y profunda se encontró con aquella mujer rubia teñida, tinte número 45 diría él. Sus labios, rojo carmesí, su vestido del mismo color abrazaba sus curvas de mujer fatal. El paso firme y seguro, sus pies formaban una perfecta línea recta en su recorrido.

Sus cuerpos se rozaron, un roce perfecto, apenas perceptible pero intenso, por encima del mejor revolcón. No hubo palabras, no hubo gestos, ni siquiera miradas provocativas. Solamente un roce, un rojo pasional y frío, mucho frío.

### III

Se levantó temprano, como todos los días. Era una adolescente de la época y como tal su misión era ayudar en el hogar. Distraída y risueña llevaba las ropas a la fuente del barrio a lavarlas. Sus amigas se arremolinaban a su alrededor contándose sus amoríos de chiquillas y sus ensoñaciones de adolescente inocente.

Las alarmas sonaron, una sirena anunciaba tormenta, pero no una tormenta cualquiera. Lo que caía no era agua, eran bombas, lo que mojaba no era agua, era la metralla y lo que salpicaba no era el agua, era la sangre. Levantó la mirada al despejado cielo matinal. Le extrañó no ver más que un avión. ¿Sólo uno? Se preguntó. Lentamente dejó su ropa y se protegió los ojos con la mano para ver mejor aquel pájaro metálico. Vio como soltaba su pequeña carga. ¿Sólo una? Pensó. La bomba caería lejos, lo suficiente para seguir viviendo.

Las sirenas se silenciaron, tan estupefactas como ella de tan exiguo arsenal. ¿Se les habrían acabado? Se volvió a preguntar. Entonces se produjo el milagro. Una luz potente, de un blanco tan puro como destellante. Diríase una aparición mariana, uno de esos milagros que los misioneros católicos predicaron en su isla siglos atrás. Sin aviso previo un ruido ensordecedor rasgó el aire y rompió sus tímpanos. Un puño invisible le llevó en volandas tantos metros que llegó a pensar que volaría eternamente. Después todo era blanco, un blanco tan puro como el que había visto instantes antes. No había sonidos, no había gente, ni árboles, ni siquiera parecía pasar el tiempo, simplemente no había nada.

Ese fue el telón final a una obra sin sentido, que no recibió ningún aplauso, una obra que nunca debió ser estrenada ni dirigida y que por supuesto nunca debió ser contemplada.

### IV

Era sábado y tocaba partido. Condujo despreocupado al frontón. Le recibieron como siempre, como a una estrella, un ganador que no se cansaba de cosechar halagos. En los vestuarios habló con su utillero, le dijo que no se preocupara, que era un partido fácil, incluso se permitió la licencia de decir que podría ganarlo con una mano atada a la espalda. Él sin embargo no estaba seguro, algo le tenía intranquilo, se tocaba los tacos de la mano incesantemente, casi obsesivamente. Se enfundó su camiseta roja de campeón.

Llegó la hora de saltar a la cancha. Las gradas abarrotadas, el denso humo de los puros constreñía el ambiente hasta asfixiarlo, la gente jaleaba su nombre hasta desgañitarse. En la pista los jueces de apuestas cantaban a su favor, la gente apostaba hasta sus casas. Demasiado riesgo pensaba él. Calentó a conciencia, como siempre lo hacía, sin dejar nada a la improvisación. Así se había convertido en campeón. Se santiguó al tiempo que hacían el sorteo. Sacaría él, eso era una buena señal, pensó. Tomó en su mano la rugosa pelota de cuero, la palmó hasta casi deshacerla, quería conocerla tanto como se conocía así mismo. La botó, una, dos, tres y hasta cuatro veces, sintiendo su bote, escuchando su voz e inspirando el aire viciado del frontón. Corrió tanto como pudo, volvió a botar el cuero y notó como se tensaban sus músculos y tendones del brazo hasta límites insospechados. Comenzaba el partido.

## V

La fina suela de sus botas de cuero apenas le protegía la planta de los pies de las piedras del camino. Lucía una falda tradicional a cuadros y una camisa de lana blanca. En su cintura, una espada. Su larga melena trenzada ondeaba al viento. Su mano izquierda marcaba el rítmico paso ascendente, su mano derecha llevaba a su amor. Ella era de su misma edad, bella como el amanecer y pura como el agua de un manantial. Se quejaba de sus pies. ¿Tanto podría quedar para alcanzar la cumbre de aquella montaña?. Él le animaba diciéndole que merecería la pena.

Tras una larga ascensión al fin llegaron. Se quedaron sin palabras, estupefactos, mudos ante la escena que sus retinas acogían. Sus ojos vidriosos derramaron lágrimas de emoción. En aquellos altos parajes escoceses creyeron intuir el reino de los cielos. Ante ellos se extendía el hermoso valle. Los lagos reflejaban la luz del sol del ocaso en un baile hipnótico de formas y colores. La nieve de las cumbres contrastaba con el verde intenso de la hierba. Los bosques se extendían como un manto por las laderas. Las aves, espectadores de excepción, surcaban los cielos en un vano intento de buscar comida tardía. Pasaron las horas sin pronunciar palabra alguna, no era necesario.

Y allí, contemplando en silencio la obra de un ser superior, se abrazaron al abrigo de las estrellas que los observaban. ¿Para que morir? Se preguntaron. Ya estaban en el cielo.

## VI

La música techno restallaba en el interior de su coche tuneado. Los cristales retumbaban quejosos de tan alto volumen. El motor rugía bajo el capó, a pleno rendimiento. A su lado estaba aquella niña de 16 años que había conocido esa misma noche. Gritaba encantada con el momento, disfrutando hasta el último segundo de aquella aventura. Era más de lo que había esperado de la noche.

Delante suya un coche. ¿Por qué irá tan lento? Se pregunta. Un bocinazo, dos, las largas. Bandazos a uno y otro lado. Pisa el acelerador pidiéndole un poco más a su potente bólido, y este se lo da. Adelanta a la tortuga al tiempo que ambos miran a su conductor. “Vaya pringao” le dice a su joven rollo de noche. Un “subidón” de adrenalina recorre su cuerpo, se pregunta si será el adelantamiento temerario en línea continua o su dosis de speed diaria.

En pleno éxtasis olvida su cometido, conducir. No ve la curva que se aproxima hasta que es demasiado tarde. El otrora veloz bólido rueda y rueda dando vueltas de campana como un vulgar cochecito de juguete en manos de un caprichoso niño. Pierde la noción del tiempo, no ve, no siente, no oye, sólo gira. Por fin el coche para. El humo no le deja ver, ni respirar, tose más y más hasta que parece que se va a partir en dos. Instintivamente sale del coche a rastras. Su cara llena de sangre le impide ver con claridad. A tientas escudriña a su alrededor. Por fin vislumbra las luces de la ambulancia rompiendo la fría noche.

Fugazmente piensa en su acompañante ¿Qué habrá sido de ella? ¿Cómo se llamaba? ¿María? ¿Marta? ¿Qué más da? Lo importante es que él ha salvado el pellejo. Delante suya, tendida en el suelo, inerte, yace sin vida Marta. Él no la ve, o no la quiere

ver. Prefiere vivir en su mentira, en su engaño permanente, con todos sus derechos y ninguno de sus deberes. ¿Quién es el resto para decirme nada? Hago lo que quiero porque me lo merezco.

Dicen que no hay más ciego que aquel que no quiere ver.

## VII

Paró su Ferrari en la puerta del hotel, el aparcamiento corrió hacia él. Era un chaval, debía rondar los 22 años. -Como le hagas una raya te enteras.- Se sacudió la chaqueta, debía estar arrebatador. Ganaría mucho dinero aquella noche, no es que le hiciera falta, pero siempre estaba bien tener un par de empresas bajo su control. El portero le abrió la puerta con una leve inclinación. No dio las gracias, ¿Para qué?. Entró en hall central. De ahí le llevaron al lobby en el que se celebraba la reunión. Ahí estaban todos, los mejores entre lo mejor, empresarios, deportistas de élite, cirujanos, actrices, modelos, directores, la crème de la crème en definitiva.

Su entrada atrajo la atención de los presentes. Le aplaudieron, él era la estrella del evento, tan rico que nadie podía calcular su fortuna, aunque se estimaba en cerca de 1 billón con b de euros. Durante toda la noche estuvo repartiendo saludos, no regalaba nada, sólo a los importantes, a los que le interesaban. ¿A quién le importaba una actriz de tres al cuarto por muchas tetas que tuviera? Se había acostado con cientos de mujeres así, había llegado a despreciarlas por buscar el dinero tan descaradamente. Lo único que querían era su dinero, y su dinero era eso precisamente, suyo y de nadie más. Si no le había dado nada a su familia ¿porque había de dárselo a una desconocida de pechos enormes?.

Cerró varios tratos con importantes empresas. Todos estaban interesados en complacerle. Estaba a punto de acabar la velada cuando recibió una llamada en su móvil de última generación.

-¿Señor Johnson?- Le preguntó una voz femenina. Alguna otra fan se dijo.

-Si, soy yo preciosa, ¿que quieres de mi?- Contestó con una media sonrisa dibujada en su rostro esculpido a golpe de bisturí y solarium.

-Se equivoca señor, le llamo del geriátrico. Me temo que su madre ha sufrido una complicación. Siento decirle señor que su madre ha fallecido. Lo siento.-

Inmediatamente colgó y se vio así mismo de niño. Era un día de verano, en su pequeña casita de barrio residencial. Corría con su hermano delante de su perro *Bobby*, reían y chillaban tanto como podían. Su madre les observaba apoyada en el marco de la puerta. Les llamaba a comer, había espaguetis con muchísimo tomate, como a él le gustaba. Y de postre la tarta de chocolate de mama. ¿Qué había sido de aquel niño?.

Se sintió el hombre más desgraciado del planeta. Nada podía animarle, sólo podía hacer una cosa. Al día siguiente los periódicos de medio mundo mostraban en portada la foto del hombre más rico del mundo muerto en la puerta del hotel más

prestigioso de la ciudad, se había tirado desde el último piso. Junto a la foto se repetía el mismo titular.

El dinero no da la felicidad.

## VIII

Preparaba el café, sin hacer ruido, asustada, no debía hacer ningún ruido que le molestara. Se observó el brazo, amoratado y tembloroso y lo tapó con su manga... no debía hacer ruido, cualquier cosa menos eso. Abrió el cajón, sacó un cuchillo brillante y afilado, cuantas veces había fantaseado con él pero sólo veía dolor, dolor en él pero sobretodo en ella, no soportaba el dolor de sus propias fantasías. Cortó las naranjas y con sumo cuidado exprimió hasta la última gota de su dulce néctar.

Todo estaba preparado, la mesa impoluta, el café y las tostadas en su punto, ni frías ni calientes. Se sentó y agachó la cabeza, no soportaría que ella le mirara.

En ese momento el aire se enrareció, un olor intenso y desagradable inundó la pequeña cocina. El alcohol y el sudor se podían respirar en el ambiente, impregnaban todo cuanto tocaba como si de humo se tratase.

Soltó un gruñido a modo de saludo o más bien de insulto, hacía mucho que no la saludaba. Hacía mucho que ni la miraba, salvo para reírse de ella cuando le miraba asustada y llorosa desde el suelo.

Se sentó y zampó el desayuno con sus grasientas y enormes manos, se limpió con el mantel y despidió un enorme eructo, lo que le provocó su única sonrisa de la mañana.

Se levantó y sin mediar palabra su mano rompió el aire y se estrelló contra la cara compungida y ya no tan sorprendida de su esposa. El sonido se propagó hasta la calle pero la gente no lo oyó o no quiso oírlo.

- Ya está. - pensó -

- Por las mañanas no está de tan mal humor, se cansará pronto. - quiso pensar

Se equivocaba, los golpes no cesaban, al contrario, se hacían más y más violentos. Voló de una esquina a otra.

- ¡Como la puta que eres! - gritaba él.

Logró incorporarse sobre la encimera, a duras penas se tambaleo y logró apoyarse en los fuegos que tantas comidas vacías habían preparado. La sangre le manaba de la frente, como si de una cámara de fotos se tratara sus ojos se abrieron y enfocaron, y allí estaba el cuchillo, brillante y afilado, goteando plasma naranja.

Volvió a fantasear con él, lo vio hendirse en su amado como en la mantequilla. Por puro instinto animal lo agarró del mango y se a duras penas se giró sobre si misma.

Apenas podía mantenerse en pie, tenía serias heridas y una o dos costillas rotas pero lo alzó en el aire y observó como su marido parecía divertirse con su actitud.

- ¿Te vas a atrever? ¿No eres mas que una puta y una cobarde? - le increpó

- Además...ya sabes que yo te quiero...-

Sus palabras destilaban ironía y odio a partes iguales.

Él se acercó dispuesto a quitarle el cuchillo sabiéndose superior.

-¿Qué le iba a hacer?. La tengo dominada - pensó

Dio un paso confiado con las manos en alto y riéndose a carcajadas. Un silbido se escuchó y a continuación un grito ahogado por su propia risa. Lo había hecho, ella le había apuñalado.

No sabía porque lo había hecho, ella no quería hacerlo, ella le quería a pesar de todo. No quería hacerlo, pero lo hizo, el cuchillo fue directo al corazón y se lo partió como él había partido el suyo hacía años. No brotó sangre, como si careciera de ella. La mirada vacía y sorprendida de su marido le escruto hasta lo más profundo del alma, sólo en ese momento vio al hombre del que se había enamorado, el hombre con miedos e ilusiones, vulnerable y fuerte a la vez, respetuoso y amable, el hombre que le había enamorado.

-¿Qué ha sido de ti? ¿Dónde estás? - preguntó ante el cuerpo inerte de su amor perdido.

Su cabeza era una contradicción, amor y odio, alivio y vacío. Creyó volverse loca, como un lento y agónico descenso a los infiernos. Y entonces allí lo vio, brillante y afilado, sangre roja y naranja mezcladas para siempre. Poco a poco lo extrajo, con cuidado, sin hacer ruido, él no lo soportaría.

No veía otra salida, alejó el cuchillo brillante y afilado dispuesta a coger impulso.

- ¿Porqué seguir viviendo? - pensó

En ese momento otro olor impregnó la estancia y ahuyentó al alcohol y al sudor, un olor suave, agradable, precioso.

-¿Mama? ¿Estás bien?- preguntó la niña sin mostrar el menor asombro ni pena por su progenitor.

Ahí estaba su razón para vivir. Allí estaba su pequeña y dulce naranja

